

que si un francés era exaltado al trono imperial, lo debiese ser al patriarcado un veneciano, eligieron por patriarca á Tomás Morosini, natural de Venecia y subdiácono de la Iglesia romana. Para indemnizar al conde de Montferrato, jefe de los cruzados, de la preferencia concedida al conde de Flandes, á quien emulaba en valor, en sabiduría y en otras cualidades dignas del trono, le nombraron rey del país de Tesalónica. En fin, nada se omitió para establecer sólidamente

el imperio de los latinos en Constantinopla; pero la acción de la Providencia estaba visiblemente en todas estas empresas del Occidente en Oriente. Después de algunos reinados y mil agitaciones funestas, estos peregrinos conquistadores experimentaron iguales reveses en Grecia que en Palestina, y tal vez sucedió así en castigo de las faltas individuales de los peregrinos y de la obstinación de aquellos desgraciados países que no volvieron á la unidad católica.

LIBRO TRIGÉSIMO-NONO.

Desde la toma de Constantinopla por los cruzados en el año 1204, hasta el primer Concilio general de Lyon en el de 1245.

La noticia de la toma de Constantinopla y de la elección del emperador Balduino puso en no poco embarazo al Pontífice Inocencio III para responder á este príncipe que le pedía la confirmación de lo que se había hecho; pues no podía aprobar que los cruzados hu-

tinopla, apenas había ya un simulacro del grande imperio que en Oriente fundó Constantino. Dejando á un lado las conquistas que ya habían hecho los califas de Egipto y de la Siria, las divisiones que se siguieron á esta ocupación de los latinos, desmembraron de tal modo el imperio que puede decirse vino á quedar reducido al estado de una potestad muy inferior á las monarquías de Occidente. Como verá muy luego nuestros lectores, erigieron á la vez tres tronos vecinos y por lo mismo émulos del de Constantinopla: el príncipe Bonifacio de Montferrato fué declarado rey de Tesalia ó de la Morea; Teodoro Láscaris, yerno del emperador Alejo Ángelo, formó para sí un imperio en Nicea, capital de Bitinia; Alejo Comneno se coronó príncipe y después emperador de Trebisonda; y los venecianos se apoderaron de varias islas del Archipiélago formando otro estado independiente. De este modo cambiaba á su total ruina aquel imperio tan pujante en otro tiempo.

(N. del E.)

biesen vuelto contra los griegos, cristianos como ellos, las armas que habían tomado para fin muy diverso. Los obstáculos que esos griegos cismáticos oponían á los progresos de los latinos en Palestina, y aun los atentados de los últimos usurpadores sobre los emperadores legítimos, no le parecían causas suficientes para cohonestar la venganza tomada contra unos culpables á quienes no estaban autorizados para castigar. Agradable por otra parte la idea de ver otra vez en el centro de la unidad á la iglesia de Oriente, y la facilidad que ofrecía este medio para enviar auxilios á Tierra Santa. Así pues, en su respuesta tomó el partido de bendecir los designios de la Providencia, que con los procedimientos injustos de los latinos había castigado con justicia á los griegos y sus muchos delitos. Y sin profundizar demasiado estas materias delicadas, contestó que

podían conservar la Grecia conquistada por un secreto juicio de Dios, y que debían satisfacer á la divina justicia por lo pasado, é insistió principalmente acerca de las profanaciones que en el saqueo se habían cometido con los tesoros de las iglesias robados como bienes profanos, y mandó fuesen restituidos inmediatamente (1).

El patriarca electo para Constantinopla se hallaba todavía en Roma, de cuya iglesia era subdiácono. Confirmó Inocencio su elección, ó por mejor decir, suplió su legitimidad con la plenitud de su poder, como él mismo dice, pues le parecía irregular la forma y mas secular que eclesiástica. Confirióle luego por sí propio las órdenes, le dió el pálio, previniendo que sus sucesores le enviasen á pedir á Roma, y le concedió muchos privilegios, entre otros el de consagrar los reyes en el imperio de Constantinopla, y absolver á los percuores de los clérigos que era uno de los casos mas rigurosamente reservados entonces á la Santa Sede. Dispensóle también la prerogativa negada durante tanto tiempo y tan justamente por los Pontífices á los patriarcas de Constantinopla; es decir, el primer lugar después de Roma con respecto á las demás iglesias; pero al conceder esta gracia al patriarca latino Morosini, dice espresamente al Papa (2), que esta gracia se deriva de la Santa Sede, la cual, por la plenitud de la potestad apostólica, ha sacado como de la nada á la iglesia de Bizancio, y la ha elevado sobre las iglesias de Alejandría, Antioquía y Jerusalem. Por manera, que lejos de confirmar las antiguas pretensiones de los patriarcas de la nueva Roma y de reconocer en ellas el menor fundamento, las condenaba Inocencio III en el mero hecho de con-

ferir espontáneamente el título que estos patriarcas habían querido arrogarse.

Para conservar el nuevo imperio de los latinos en Oriente, mandó el Papa á los occidentales, tanto clérigos como legos que residiesen en la Romanía, esto es, en el país de Constantinopla, que perseverasen allí un año entero, si los cuidados de la Tierra Santa no los llamasen á otra parte (1). Escribió además á Francia persuadiendo á los varones recomendables por sus talentos y sus virtudes que pasasen á Grecia. Habiale suplicado el emperador Balduino que procurase estos socorros á la nueva iglesia latina de su imperio, y escitase generalmente á los occidentales de todos los países, de todos los estados y sexo á ir á tomar posesión de los ricos dominios que les ofrecía, y á formar establecimientos en una región cuya fertilidad y delicias encarecía sobremanera. Acudieron en tan gran número, no solamente los peregrinos, sino también los cristianos nacidos en Palestina, que muy pronto se vió obligado el Papa á condenar estas emigraciones y á quejarse de que esta provincia quedaba tan falta de hombres como de dinero. Así la revolución de la Grecia, que se había creído tan favorable al socorro de los Santos Lugares servía por el contrario á acelerar ó consumir su pérdida por los crímenes de los occidentales así como por los de los orientales de Grecia y de Palestina.

Los sarracenos, mucho mas afligidos por la sujeción de Constantinopla á los occidentales que lo habrían sido por la toma de Jerusalem, olvidaron sus propias desavenencias y procuraron por todos los medios imaginables debilitar y dividir á los cristianos. Entre estos había dos partidos que se disputaban el principado de Antioquía; uno era el de Boemundo, conde de Trípoli, y otro el

(1) Lib. 3, ep. 131.

(2) Ibid. ep. 19.

(1) Lib. 3, ep. 64 et 71.

de su sobrino Rupin, quien por su madre era tambien sobrino de Livon ó Leon, rey de Armenia, que estaba en comunion con los latinos. Declaróse por el conde de Trípoli el sultan de Alepo, hijo de Saladino; y Deneñin, otro príncipe musulman poco célebre despues, apoyó el partido contrario. Defendian al conde los templarios y el pueblo de Antioquia; y el Patriarca y los hospitalarios estaban por el rey de Armenia que sostenia á su sobrino. En cuanto al reino de Jerusalem, el rey Amalarico II de Lusitania, muerto en San Juan de Acre durante las revoluciones de Antioquia, á saber, el primero de abril de 1205, tuvo por sucesor á Juan de Briena, como esposo de Maria, hija primogénita de la reina Isabel, heredera del derecho de su padre Amalarico I de la casa de Anjou. Como Amalarico era tambien rey de Chipre, aunque por derecho de herencia, dejó esta corona á su hijo Hugo I, niño de corta edad: débil recurso para la situacion en que se hallaban los negocios de los cristianos en Oriente (1205).

Por otra parte los búlgaros se unieron á los cumanos y á los turcos para defender á los griegos contra los latinos. Eran sin embargo grandes enemigos de los griegos, cuyo yugo habian sacudido despues de haberle tolerado por espacio de ciento cincuenta años. Su rey Juan ó Joannicio, heredero del poder de sus hermanos Pedro y Asan, libertadores de su patria, habia recibido del Papa la corona Real, y sometido con el mayor aparato todas las iglesias de su reino á la Iglesia romana, cuyos ritos y usos abrazaron. Mas los griegos, supliendo la falta de fuerzas con los artificios y tramas secretas, separaron de los latinos al rey Joannicio, prometiéndole que le reconocieran por emperador si les libertaba de su dominacion (1). Despues de estas conven-

(1) Vill. Hard. n. 118.

ciones subleváronse los griegos por todas partes, y se apoderaron de muchas plazas, y entre otras de la de Andrinópolis.

Púsose en campaña el emperador Balduino y formó el sitio de esta ciudad (1). Teniendo aviso de que el rey de los búlgaros se adelantaba á defenderla con un poderoso ejército, encargó el sitio al mariscal de Villa-Harduin y al dux de Venecia, y acompañado del conde de Blois salió al encuentro de los enemigos con fuerzas muy desiguales á las suyas. Disipó la caballería tártara que servia de vanguardia al rey de Bulgaria; mas dejándose llevar de su valor le persiguió tan lejos, que replegándose por una parte y por otra los búlgaros le cortaron la retirada cercándole por todos lados. Mataron el caballo al conde de Blois, y él mismo cayó herido; los suyos le aconsejaron que se retirase, ofreciendo que abririan camino con espada en mano. «No permita Dios, respondió, que jamás puedan echarme en cara que he huido del combate.» Murió junto con otros muchos señores, y el emperador quedó prisionero. Sucedió esta derrota el 15 de abril de 1205. Cuando esto llegó á oídos del Papa Inocencio, se apresuró á escribir para obtener la libertad de Balduino; pero Joannicio contestó que este emperador habia muerto en su prision (2). Un autor griego dice que el vencedor mandó cortar á Balduino los brazos y las piernas y arrojar el tronco por un precipicio, donde estuvo por tres días luchando con los horrores de la muerte. Añaden que el cruel búlgaro mandó hacer luego una copa de su cráneo para beber en ella al modo de los antiguos scitas. Aun los mismos griegos ensalzan mucho á Balduino por su justicia y su castidad. Eligieron á Enrique su hermano para sucederle, y fué coronado el 20

(1) Vill. Hard. n. 189, et seq.

(2) Gesta Inn. III, p. 117.

de agosto de 1206; pero en el mismo año proclamaron los griegos por su emperador á Teodoro Láscaris, que estaba casado con la hija del emperador Alejo Angelo y estableció su trono en Nicea, capital de Bitinia.

Mientras ocurrían estas revoluciones en la Iglesia de Oriente, Alberto, patriarca latino de Jerusalem y antes obispo de Vercelli, compuso para algunos solitarios del Monte Carmelo una regla que no tardó en hacer muy numerosa esta asociacion, y en darla á conocer hasta en las estremidades del Occidente (1209). Debían su origen á un monge venerable de Calabria, que á pesar de su avanzada edad fué, segun dicen, á establecerlos en aquel lugar por revelacion que tuvo del profeta Elias. Se veía todavia allí la caverna de este profeta y algunos vestigios de un antiguo monasterio que parecia haber sido considerable. El piadoso calabrés formó una pequeña clausura en medio de estas ruinas, y levantó una capilla y una torre, reuniendo allí de diez á doce frailes. En la regla que les dió el patriarca Alberto, les encargaba principalmente el trabajo y el silencio á imitacion de los antiguos solitarios (1). Vivían en celdas separadas, oían misa todos los días cuando les era posible, rezaban el oficio, y los que no sabían leer decían cierto número de *Padre nuestros* por cada hora canónica. Jamás comían carne, y ayunaban desde la fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz hasta la Pascua. Poco antes de la institucion de los carmelitas, el Papa Inocencio habia establecido en Roma y á sus espensas un hospital para los enfermos y para los pobres (1204), y estaba á cargo de los religiosos del mismo instituto que los que servían el hospital de Santi-Spiritus de Montpellier, el cual habia sido fundado poco antes por el conde Guido que fué su primer

(1) Canis. tom. 8, pag. 287; Boll. tom. 9, pag. 778.

gran maestre y á quien el Papa habia concedido la confirmacion de su orden.

Mientras el Oriente llamaba así la atencion y los esfuerzos de los occidentales, formábase sordamente contra la Religion una tempestad fatal en el seno de la nacion mas cristiana y refugio mas seguro de la Iglesia en todos sus peligros. Merced á las circunstancias de los tiempos y á la astucia, los waldenses y los nuevos maniqueos, esparcidos en tantas iglesias distintas, se habian hecho formidables en algunos sitios por su reunion, y avasallaban con insolencia insoportable las provincias de Francia confinantes con las de España. Sostenían los señores del país, sobre todo Raimundo VI, conde de Tolosa, y Raimundo Rogerio, conde de Fox. Para reprimirlos dió el Papa Inocencio el carácter de legado al abad del Cister, y á dos religiosos célebres del mismo orden llamados Radulfo y Pedro de Castelnaud, sacados de la abadia de Fonfría, diócesis de Narbona; y para apoyar así á los legados como á los doctores y predicadores reclamó el Sumo Pontífice el poder y la proteccion del rey Felipe Augusto.

Diferentes prelados, aun de los mas distinguidos, habíanse hecho culpables ya por connivencia respecto á los hereges, ya por debilidad en su conducta, ó al menos con obras indignas de su carácter causaban mas daño á la Religion que utilidad pudiera producirle sus vanos discursos. Por autorizacion expresa del Sumo Pontífice, informaron los legados contra Berengario, arzobispo de Narbona, suspendieron de las funciones episcopales á Guillermo de Roquesel, obispo de Beziers, y aun llegaron á deponer al obispo de Viviers, y usaron de la misma severidad con Raimundo de Rabastens, que se habia elevado por simonia á la Silla de Tolosa. En lugar de este último eligieron á un abad del orden del Cister, llamado Fouques ó Fouquet, prelado que sirvió mucho á la

Religion en este puesto importante. En su juventud se habia dedicado á la poesia, y tuvo fama entre los poetas provenzales, bajo el nombre de Fouquet de Marsella, lugar de su nacimiento. Habiendo despues renunciado á todas las diversiones del siglo, se hizo monge en la fervorosa casa de Gran Selva, de donde pasó á ser abad de Toronet, diócesis de Frejus, y de aquí al obispado de Tolosa (1206).

Entretanto preparaba el Señor un nuevo socorro á su Iglesia, contra las sectas corrompidas que infestaban una de sus mas bellas porciones, en la persona de un prelado que no era francés, pero que se hallaba en Francia por una de aquellas casualidades aparentes de que se vale la Providencia para ocultar sus designios (1). Diego de Azebes, obispo de Osmá en Castilla, á su vuelta de Roma pasó por Montpellier, y encontró allí á los legados encargados de trabajar en la reduccion de los hereges, precisamente cuando iban á renunciar su legacia por el disgusto que les causaba la inutilidad de sus trabajos. Uno de los principales obstáculos que impedían el fruto de su celo, era la vida poco arreglada de los eclesiásticos, que los sectarios no dejaban de oponerles cuando se les exhortaba á abandonar sus errores. El obispo de Osmá, recomendable por su nacimiento y su doctrina, lo era todavía mas por su virtud. Habia establecido en su catedral el instituto de los canónigos reglares: pasó á Roma para obtener del Papa el permiso de abdicar el obispado y de consagrarse á la conversion de la nacion bárbara de los cumanos, que habitaban cerca de la embocadura del Danubio. No habiendo podido lograr su solicitud, tomó el hábito monástico en su tránsito por el Cister, para jun-

(1) Jord. Princ. Fr. Praed. M. S. cap. 7 et seq.; Vit. S. Dom. ap. Sur. 4 Aug.

tar los ejercicios rigurosos del claustro á los trabajos del obispado que se le obligaba á conservar (1206).

Este prelado virtuoso y lleno del espíritu del Señor, concibió que era imposible reducir con solo las palabras á una secta que perversa á los sencillos con una suma afectacion de santidad y de modestia, mientras que los misioneros católicos tuviesen grandes equipages, multitud de caballos y de criados y vistiesen y comiesen espléndidamente. Habiendo acudido los legados á tomar su consejo, como de un personage tan acreditado por su prudencia y por su piedad, les dijo este varon apostólico: «hermanos míos, nada adelantaremos mientras que los sectarios acrediten el error con la modestia y austeridad de que hacen alarde si no damos ejemplos enteramente contrarios á su modo de vivir. Es necesario combatir su virtud aparente con una piedad verdadera, ir á pie, no llevar dinero, imitar en todo la vida de los Apóstoles.» Y como los legados manifestasen temer ser censurados de singularidad abrazando una vida tan nueva, les declaró que los acompañaria para trabajar segun este método en la defensa de la fé. Despidió inmediatamente su equipage, todos sus caballos y todas las gentes de su comitiva, reservándose solamente á Domingo de Guzman, canónigo reglar y subprior de su catedral, es decir, primera dignidad despues del obispo, que era el prior. Despues de haber predicado el Evangelio por algun tiempo con fruto, segun este nuevo plan, el sabio prelado quiso volver á su diócesis para poner en orden sus negocios y suministrar de sus rentas para sus amadas misiones; pero apenas llegó á su casa murió en una dichosa senectud (a).

(a) No ocurrió tan pronto como dice nuestro autor la muerte del venerable obispo de Osmá, pues tuvo tiempo de visitar su diócesis; y despues, al prepararse para volver de nuevo á Francia á continuar la grande

Domingo, á quien habia escogido por continuo compañero de sus trabajos apostólicos y que luego llegó á ser gefe de esta mision, era suscitado del cielo para servir á la Iglesia de un modo mas duradero, instituyendo el orden de frailes predicadores. Nació en Castilla, en la diócesis de Osmá, y antes de nacer presumióse ya su destino por un sueño que tuvo su madre hallándose embarazada de él, en el que imaginó que llevaba en su seno una antorcha que abrasaba á toda la tierra (a). Hizo sus estudios con aprovechamiento en la escuela de Palencia, una de las mas famosas de España, desde que el rey Alfonso IX atrajo á ella de Francia é Italia los maestros mas

empresa de la reduccion de los hereges, falleció á principios del año 1207. Escusado es decir que su iglesia y todas las de España lloraron amargamente la pérdida de este ilustre prelado, cuyo corazón abrasado de celo por la gloria de Dios y honor de la Religion, estaba igualmente lleno de amor hácia los pobres y de la caridad mas compasiva para con los pecadores. Su eminente santidad le habia ganado no solamente el afecto de los católicos sino hasta la estimacion de los mismos hereges. Algunos autores afirman que el Señor manifestó la gloria del santo obispo con repetidos milagros que se obraron en su sepulcro. Véanse Theodor. de Apold. núm. 32; Turon, Vida de Santo Domingo, lib. 1, cap. 3, y sig. (N. del E.)

(a) Este esclarecido español, fundador de la orden de PP. Predicadores, nació en Caleruega, pequeña villa de la diócesis de Osmá, en el año de 1170. Fueron sus padres don Felix de Guzman y la B. doña Juana de Aza, tan recomendables por su fé viva y fecunda en toda clase de obras de justicia y caridad, como por la antigüedad de su nobleza y demás títulos que aprecia el mundo. Los diferentes enlaces que se efectuaron entre las personas de esta familia y los príncipes y soberanos de Castilla y Portugal, y el honor de que se glorían nuestros augustos monarcas declarando su parentesco con la B. Juana de Aza y con su hijo el gran patriarca Santo Domingo, prueban mucho mas, dice un escritor, de lo que nosotros pudiéramos decir. A ello ha venido á añadirse en estos últimos años uno de los mas gloriosos títulos de que puede envanecerse esta ilustre familia. Ya las virtudes de doña Juana de Aza la habian atraído la veneracion de todos aun durante su vida mortal, y mucho mas despues de su santa muerte, siendo venerada con culto público en Aza, Caleruega, Gumiel de Izan, Peñafiel y en otras muchas ciudades y pueblos, aun antes de haber pronunciado el oráculo de la Iglesia el decreto solemne de su beatificacion. Espúdióse al fin en Roma este decreto por Su Santidad Leon XII en 27 de setiembre de 1828, con la solemnidad acostumbrada, despues de un riguroso exámen de las virtudes de la venerable Juana de Aza y de las pruebas de su culto inmemorial. (N. del E.)

sábios en todo género; pero todavía se distinguió mas por sus virtudes. Tomó tal gusto á la mortificacion cristiana, que pasó diez años enteros sin beber vino. Su amor á la pureza fué singular, y conservó sin la mas leve mancha su virginidad hasta la muerte. Su caridad llegó hasta el extremo de vender sus libros para socorrer á los pobres en tiempo de hambre.

A la fama de un mérito tan extraordinario en un estudiante, el obispo de Osmá le sacó del lugar de sus estudios y le hizo canónigo reglar de su iglesia. Esto fué para Domingo un nuevo motivo de adelantar en la perfeccion, y sus nuevos progresos le merecieron ser elevado al primer puesto de su cabildo. Pero la conversion de los pecadores era su principal inclinacion, de lo que tardó poco en convencerse su santo obispo en las ocasiones que le ofreció su viaje á Francia. Hallándose hospedado con él en Tolosa en casa de un sectario, pudo tanto Domingo, ya con su modo dulce é insinuante, ya con la fuerza de sus razones, que en el mismo día de su llegada convirtió á este herege. Noticioso del riesgo que corrían muchas jóvenes nobles ó indigentes, á quienes los sectarios prevenían con sus liberalidades para atraerlas á su partido, las fundó un monasterio en Pouille, cerca de Monreal, donde en esacta clausura, silencio, oracion y trabajo hallaron seguridad así para el alma como para el cuerpo.

Era difícil verle y oírle sin prestarse á lo que deseaba. Sus ideas claras y muy fijas, sus resoluciones tan ajustadas á la razon que casi nunca se le vió obligado á mudarlas, la igualdad de su alma siempre inalterable, su rostro mismo donde brillaban la paz de la conciencia y la alegría que se gustá en el servicio del Señor, el fuego de su cara y de sus ojos, su voz dulce y penetrante, todo en él arrebató á la vir-